

TRAS LAS REJAS

Alberto Calvo lleva más de treinta años rescatando centenarias rejas cuyo único destino eran los depósitos de basura. Tiempo suficiente para transformarse en un verdadero experto en la materia. Imposible engañarlo con versiones modernas, porque este arquitecto sí que rechaza las imitaciones.

Por Bárbara Lichnovsky • Fotos Vivi Peláez



Abrazada a una ventana, una centenaria reja ya se había resignado a terminar en algún basural copiapino cuando Alberto Calvo la rescató. Aquel joven arquitecto, recién nombrado Director Regional de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas, décadas después recordaría ese episodio como el comienzo de su curiosa y legendaria colección, la que incluye rejas de todo tipo: ventanas, balcones, portones, etc.

Calvo ha llegado a tener más de ochenta ejemplares, los que suele recoger de sus propias obras. “Ojalá un par de cada diseño, ya que la mayoría tiene alguna réplica, algo así como su hermana”, aclara. Y admite que a la hora de elegir las es “muy selectivo”; todas tienen que ser “del ayer”, es decir, fabricadas por aquellos hábiles artesanos que moldeaban el metal junto al fuego, creando formas de incomparable belleza.

Y es precisamente porque reconoce la maestría del ejecutor que cuando las encuentra, intenta devolverles su apariencia original. “Las recupero arenándolas y barnizándolas. Ni siquiera les apporto color”, explica. Tampoco pretende dejarlas empolvándose en alguna bodega. La gran mayoría las ha ido incorporando en alguna de sus obras, como escaleras,

muebles, estantes, biombos y todo lo que surja de su imaginación. “La idea no es venderlas ni guardarlas, sino darles un uso”, señala.

Alberto confiesa que entre todas sus rejas tiene su regalona. La rescató cuando construía un supermercado, justo antes de que se convirtiera en chatarra. ¿La razón? Dice que ella reúne todos los elementos de una reja ejemplar: perforaciones hechas a mano, gatillos, remaches y curvas perfectas. “Tiene más trabajo, más ingenio que el resto”, explica. Cualidades que según el arquitecto no se encuentran en las rejas fabricadas por la tecnología moderna. “Ésas no tienen la misma fuerza del material”, afirma.

Claro que no siempre es sencillo obtener las rejas que le gustan. A veces incluso hay que entrar a negociar con algún testarudo propietario. “Yo tengo una reja cuya pareja la tiene una señora de Copiapó. Intenté cambiársela por un auto, le ofrecí renovar la fachada, pero nada. No la pude conseguir”, se lamenta. Sin embargo, Alberto —o “Pelao”, como le dicen sus amigos— no se rinde y ya tiene otras piezas en la mira. “En Caldera hay unas preciosas, preciosas. Estaría feliz si se quemara la casa y quedara la reja”, bromea.

¿Cómo entender este amor por los elementos del pasado? Quizás haya que remontarse a la infancia de este arquitecto. Antofagastino de nacimiento, se crió en el seno de una familia tradicional, de la cual aprendió “el respeto

por los mayores y por el ayer”. Veraneaba en Iquique, en la casa de su abuela española, entre comedores de 24 sillas, antiguas cómodas con cubierta de mármol y veladores “que valían oro”. Sus caminatas solían ser por la calle Baquedano, admirando las hermosas edificaciones, mudos testimonios de la época en que el salitre trajo riqueza a la región. Y aunque entonces no guardaba nada, sus ojos lo absorbían todo. “Me llamaban la atención las cosas, la forma de las casas”, recuerda.

Fue durante sus estudios en la Universidad de Chile cuando comenzó a interesarse en rescatar el patrimonio arquitectónico. Allí conoció a destacados profesores como Rómulo Trevi, quien a todo pulmón proclamaba en italiano las maravillas de las construcciones antiguas. Esa formación marcaría su creencia en la necesidad de “cuidar y preservar la identidad nacional”. Es que para Alberto, nuestro ser y nuestra historia también está conformada por “los elementos físicos que nos han dado cobijo, y las rejas son sinónimo de protección”.

Actualmente, el “Pelao” está plenamente consagrado a su profesión de arquitecto. No obstante, cuando piensa en el futuro, no descarta la posibilidad de dedicarse a crear con sus propias manos esas rejas que tanto lo cautivan. “Yo creo que a la larga en algún lugar voy a terminar pegándole a los fierros”, afirma. **EC**

